



José Asunción Silva

Crítica ligera
(1888)

Señor don Jerónimo Argáez, Redactor de El Telegrama.

Muy respetado amigo mío:

Permítame usted que aproveche de las benévolas ofertas que me ha hecho de las columnas de su periódico para devolver unas felicitaciones que me han llegado, por equivocación, con motivo de algunas críticas publicadas en La Miscelánea de Medellín, y firmadas por don José Luis Ríos. Yo no escribo ni he escrito nunca críticas, ni las publicaría en Antioquia, pudiendo hacerlo en Bogotá. Los que duden, pueden averiguarlo con el Redactor del periódico a que aludo. Si las hubiera escrito las habría firmado con todas las letras del mismo nombre que usted encontrará al pie de estos renglones, por tener la idea, arraigada de tiempo atrás, de que sólo tiene uno derecho al seudónimo cuando, al darle al público algo muy delicado, que no hiera a nadie, quiere, por simple coquetería literaria, ponerse una máscara, y, llamándose Julián Viaud, firmar Pedro Loti, para contarle su matrimonio con Rarahu, idilio delicioso que tiene olor de ylang ylang, o los amores con Crisantema, en la casita de madera de Diou-djen-dji, desde donde se oye el rumor de las cigarras en los meses de verano, y se respira ese olor de jengibre y de té que flota sobre la ciudad japonesa.

Los admiradores de don José Luis Ríos, de don Julio Torres, o de un señor Cerig que también critica en La Miscelánea, pueden escribirles sus felicitaciones, meterlas entre una cubierta, rotular ésta así: «Señor... Tal. Redacción de La Miscelánea. Medellín, Antioquia», ponerla en el correo y tener la seguridad de que así van mucho más derechas que dándoselas a gentes que viven en Bogotá, muy poco ocupadas de las obras literarias de sus paisanos, aun cuando las estimen en todo lo que valen.

Le decía a usted antes que no he escrito nunca críticas, y voy ahora a contarle por qué. La crítica seria, que busca los orígenes lejanos de una obra, que la aprecia como expresión del pensamiento dominante en cierta época y que investiga su influencia en el desarrollo de la que le sigue, me parece tarea ardua de filósofos, digna de Macaulay, de Taine o de Revilla. La otra, la crítica ligera, al por menor, que coge los detalles y busca con microscopio los defectos, no me parece tarea sino un simple retozo en que, a tiempo que le hace uno cosquillas al lector para que se ría, rasguña la obra de arte para ayudar a ese fin. Aplíquesele usted a la pintura y verá qué bonitos resultados da. Es cierto que Rembrandt dejó en sus obras la impresión más profunda de vida que puede llevarse a una tela con los colores y el pincel: las figuras que entre el fondo oscuro y caliente de sus cuadros aparecen bañadas en una claridad tibia de crepúsculo de verano brillan como pintadas con luz; a veces, cuando procede por brochazos vigorosos, tienen un relieve que fascina; su obra, fantástica en fuerza de ser real, parece salida de un sueño, los personajes se sonríen, viven, y el artista que se enamora de ellos, cuando ve la Ronda nocturna, se pregunta si esa figurita de mujer, que da con los tonos claros del vestido la clave de las tonalidades luminosas del cuadro, no es la Perdita de Shakespeare que cruza aquella fantasmagoría insuperable de un genio.

Y, vea usted, un crítico al pormenor no ve nada de eso; se pone a buscar concienzudamente el lado gracioso del asunto, y lo encuentra. El Maestro Rembrandt pintó judías del tiempo del Cristo, con los mismísimos vestidos que se usaban en su siglo, en la Haya. ¿Ha visto usted qué anacronismo más disparatado? Vaya una cosa graciosa, ¿no? Y luego carece de ideal. Sus figuras son simples retratos más o menos hábiles. Y a la postre es vulgar. Usted sabe que, cuando pintó su Ganimedes, que forcejea levantado por el águila, le agregó un detalle naturalista, que es de efecto enteramente cómico. ¿Quiere usted que nos riamos un poco de Rembrandt pensado en todo eso?

Pero estamos fuera del campo en que podemos lucirnos. Vamos a ver pasar algunos poetas franceses modernos, y apliquémosles el sistema anterior. ¿No cree usted que el lirismo grandioso de los poemas de Hugo, sus imágenes extrañas, sus antítesis, su visión genial son una simple charlatanería de declamador? ¿Y aquellas extravagancias como «Desplúmenme esa alma» del Asno? ¿Desplumar una alma? no es creíble... ¡Cosas de Hugo! Póngase usted a verlo bien; desármelo pieza por pieza, dislóquelo línea por línea, y verá en qué queda.

El amor que desborda en los versos enfermizos de Musset, unas veces dulces como besos, otros angustiosos como gritos de dolor, Hassan desnudo, la cita de Porcia en el balcón, la última noche de Rolla en la alcoba: vaya una cosa indecente, ¿no es cierto?

¿Usted admira la suavidad noble, la delicadeza ideal del Conde de Vigny? La crítica al pormenor la encuentra ridícula. Vea usted: Eloa es un ángel que, nacido de una lágrima de sangre del Salvador en la noche del Huerto, acaba por enamorarse del diablo y huirse con él. Tonterías, ¿verdad?

Leconte de Lisle ha hecho cosas soberbias. Hugo lo recomendó a la Academia francesa en varias ocasiones como candidato para un sillón vacante. Usted conoce sus sonetos, se ha deleitado con sus composiciones fabulosamente ricas, bordadas de rubíes y de perlas como un manto de favorita; severas y melancólicas otras veces como una ruina de templo. Pues bien, Leconte, traduciendo una vez a Esquilo, le hizo decir a un personaje: «Siento un buey en la lengua». Creo que sobra todo comentario. En Francia se rieron de él. ¿Por qué no hemos de imitar a los franceses?

La nobleza y la gracia de la poesía de Lamartine: su fervor al cantar todo lo grande y lo bello; aquellos versos armoniosos que todos, más o menos, sabemos de memoria, los

tacharemos de que hablan demasiado del poeta, y el cantor de Elvira caerá por tierra, si le aplicamos a su obra el chistecito de la sinfonía en mi mayor.

¿Seguimos? Teófilo Gautier usó, para darle a sus poemas color y relieve, de cuanto sabía de pintura y escultura. Hay en los Esmaltes piezas que son joyas: ónices de Arabia montados en filigrana, medallas de plata con perfiles netos como un camafeo griego. ¿El defecto? Que no llora, que es impassible, que en su obra no hay sensiblerías de anemia.

La musa de Carlos Baudelaire no pudo defenderlo de la idea fija de la muerte: la preocupación de la tumba, de las carnes lívidas que se amoratan, del gusano que nace en el cadáver, de la soledad en que se quedan los difuntos trasmina en sus estrofas, aun cuando sean éstas copas de oro, llenas de haschich verdoso que hace soñar, aun cuando a ellas traslade sensaciones mórbidas a la fuerza de ser finas, impresiones de una delicadeza fugitiva que creería uno imposible reducir a palabras. Llamémoslo extravagante y pasemos derecho.

¿Le haremos caso al Parnaso?... Teodoro de Banville maneja el verso con destrezas de prestidigitador. Lo dejaremos a un lado por ese motivo. Coppée ha dicho con voz alterada por la emoción los sufrimientos de los desheredados, de los débiles, de los pobres; ha inventado una lengua elástica, ampliada con el caudal de la lengua vulgar y ha llegado a hacerle versos a unos botines viejos y al corsé usado de una muchachita enferma... Eso no es poesía, me dirá usted... Estamos de acuerdo. ¿Y la elegancia aristocrática de Sully Prudhomme (el Cellini del soneto), la hechura maravillosa de sus estrofas, su ternura infinita, aquellos versos que hacen soñar con las estatuas griegas por la nitidez y la firmeza?... Sully es frío, y luego en sus versos se nota la preocupación de la ciencia, incompatible con la verdadera inspiración... Eso es: Sully frío; Musset tenía el defecto contrario. Pasemos. Dejemos a los Parnasianos. Allá se queden Mendès, José María Heredia, Dierx, Arène, Joséphin Soulayr y Glatigny, etc., etc. Esos son poetas menores. Le recomiendo la frasecita, que es muy cómoda para juzgar lo que no hemos leído.

Mauricio Bouchor comienza cantando las comilonas, el vino, las mujeres fáciles, las palpitaciones de la carne. Poco a poco ese espíritu joven se serena; en el transcurso de los años la musa alegre de las primeras inspiraciones se va convirtiendo en una figura ascética. Una expresión de gravedad le cierra los labios, la carne se empalidece y toma blancura de mármol, la cabeza se destaca sobre un nimbo de estrellas y es su Beatriz que cruza desconocidos paraísos apoyada en nubes diáfanas, como una visión... ¿Como cosa de Lamartine, entonces, me dirá usted?... Eso es, sí señor; y no valía la pena de dar esa vuelta para salir al mismo llanito.

Después, con el pretexto de que son oscuros, dejaremos a los simbolistas a un lado, aun cuando los versos de Verlaine aleteen como mariposas, suenen como música de violines, tengan la gracia de una miniatura en marfil y su elegancia amanerada. A Mallarmé, a Stuart Merrill, y a los otros les diremos que no saben francés, y cuando aparezca Juan Richepin diciéndolo todo con gritería de gigante, en estrofas potentes y soberbias, donde canta las canciones de las razas desaparecidas, las tempestades del océano, los adioses a las religiones muertas, digámosle que es sucio porque escribió la Canción de los pillos y riámonos a carcajada tendida, porque don Juan Montalvo lo llamó poeta gallináceo en un número de El Espectador, un periódico que redacta él solo en París.

Ya ve usted que, teniendo voluntad, hay algo que rasguñarles siempre aun a los maestros de quienes no puede uno traducir diez versos.

Creo que usted prefiere admirarlos. Estamos de acuerdo en sentir así, y creo que debemos felicitarnos por ello. Yo cambiaría dos tomos de crítica mal hecha por una sola cuarteta inédita de Gustavo Bécquer.

Soy siempre su amigo afectísimo,
J.A.S.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

